

TÍTULO: *Con los ojos cerrados*

AUTOR: Alfredo Gómez Cerdá

COLECCIÓN: Gran Angular

EDITORIAL: SM

Primeras páginas

Para una vez que me arremango, todo el culo se me ve.

La frase se la oí decir alguna vez a mi abuela Jacinta, en el pueblo; pero yo era pequeña y entonces no sabía muy bien lo que significaba. He tenido que cumplir los dieciséis para comprender perfectamente su sentido. ¡Y de qué manera! Es curioso: se me han olvidado por completo un montón de cosas de cuando era pequeña y, sin embargo, esa frase se me metió en la cabeza hasta bien adentro y siempre he estado unida al recuerdo de mi abuela Jacinta. No sé por qué será, pero cada vez que pienso en ella -y lo hago a menudo- aparece la dichosa frase. ¡Y eso que no la entendía bien! Alguna vez le pedí a ella que me la explicase.

-Ya lo entenderás cuando seas mayor -mi abuela siempre me respondía lo mismo.

¡Y qué razón tenía! Acabo de entenderlo perfectamente, lo que debe de significar que me he hecho mayor.

Mi abuela Jacinta sabía muchos refranes. Pasase lo que pasase, siempre encontraba el refrán más adecuado, que venía como anillo al dedo, y además solía decirlo en el momento oportuno, que esto último, según ella, era lo más difícil. A mí me hacía gracia, y en muchas ocasiones le pedí que me enseñase unos cuantos refranes, para poder decirlos yo también. Entonces ella me contestaba.

-Mujer refranera, mujer puñetera.

'¡Y que lo digas!', pensaba yo, llena de rabia. En esos momentos, mi abuela me parecía la mujer más puñetera del mundo.

Se murió cuando yo tenía once años. Se puso enferma y durante varias semanas no se levantó de la cama. Íbamos a verla a menudo al pueblo. Yo la encontraba muy pálida y muy delgada, pero trataba de darle ánimos.

-Hoy te veo mejor, abuela -mentía.

-¡Tonterías! -rezongaba ella.

-¡Es verdad! -trataba de imponerme yo. Un día me soltó, así, de sopetón:

-Quien se pee fuerte, mea claro y caga duro, no necesita al médico, seguro.

Yo me quedé con la boca abierta. Sólo reaccioné al cabo de unos cuantos segundos.

-Y eso..., ¿qué significa? -me atreví a preguntar.

-¡Qué va a significar! -exclamó ella, con visible mal humor y sin levantar la cabeza de la almohada-. Desde hace muchos días no tengo fuerzas ni para tirarme un pedo, mi pis parece tinta de calamar y mi caca una purrusalda.

Debía de ser tonta, porque seguía sin captar lo que mi abuela pretendía decirme. Yo, como una ingenua, o como una idiota, o como ambas cosas a la vez, volví a preguntar lo mismo:

-Y eso... ¿qué significa?

-¡Qué va a significar! ¡Que de esta me muero!

En esos momentos vi un montón de medicinas que había sobre su mesilla. Mi abuela no tenía nada que temer. Esas medicinas le curarían todos sus males. Al menos, eso pensaba yo entonces. Se lo dije, con el mismo tono ñoño, empalagoso y sabelotodo que empleaba mi madre cuando quería que me tomase algún potingue que el médico me había recetado:

-Si eres buena y te tomas las pastillas, te curarás enseguida.

No estoy segura, pero creo que mi abuela Jacinta dijo: '¡Una mierda!' No la oí bien, porque al hablar giró la cabeza hacia el lado contrario de donde me encontraba y... Pero creo que sí, que lo dijo.

Al día siguiente se murió.

Y al día siguiente creo que yo empecé a comprender que la muerte es algo real, algo que está entre todos nosotros, y que no sólo se muere la gente que no conocemos de nada, sino que también se mueren las personas a las que queremos entrañablemente.

Y por si no lo había entendido del todo, a la semana justa se murió mi abuelo Mundo. Se llamaba Raimundo, pero todos le llamaban Mundo. Creo que no lo he dicho todavía: Raimundo era el marido de Jacinta, y ambos eran los padres de mi padre.

Mi abuelo Mundo se murió de pena. Él estaba sano y fuerte; pero cuando se murió mi abuela, a todas horas repetía lo mismo.

-Sin Jacinta, yo no quiero vivir.

Y se murió. Mi abuelo Mundo tenía fama de ser muy cabezota.

Aquellos fueron los días más tristes de mi vida. Tuve que esconderme en el sueño más que nunca. Esto último lo había aprendido de pequeña, cuando tenía tres o cuatro años y la noche me daba miedo. Mis padres me dejaban acostada en mi cuarto, y yo comenzaba a llorar. Entonces, mi padre se acercaba sigilosamente, se sentaba a mi lado y me cantaba muy despacio una nana: duerme ligero, mi niña, que en sueño escondida no podrá verte. Y yo hacía esfuerzos por encontrar el sueño y por esconderme dentro de él. Aquella nana tenía razón: dentro del sueño estaba a salvo y cesaban todos mis miedos. ¡Esconderse en el sueño! ¡Qué escondite tan fenomenal!

Nunca olvidaré esa canción y, si tengo hijos, también se la cantaré a ellos para que nada los asuste. Lo malo es que, cuando te haces mayor, el sueño se muestra más esquivo y te rechaza a veces, como si le molestara servir de refugio para personas asustadas o temerosas. Un día me explicó mi padre que la letra era de un poeta llamado José Ángel Valente y la música de un cantante llamado Paco Ibáñez.

A pesar de los años transcurridos, sigo echando de menos a mis abuelos, sobre todo durante los veranos, cuando volvemos a la casa del pueblo. Nos acercamos en el coche, y yo me imagino que ellos están junto a la puerta, mirando su reloj con un poco de impaciencia. Y luego me veo a mí misma

corriendo y abrazándome a ellos. Y mi abuelo Mundo me dice: '¡Caramba! ¡Cómo ha crecido esta chiquilla!'

Queda claro que al pueblo sólo vamos en verano. Bueno, y también algunos días por Semana Santa. En Navidad hace un frío que pela, y como allí no hay calefacción... Pero en verano yo suelo quedarme dos meses: uno con mis padres y, cuando a ellos se les acaban las vacaciones, me quedo otro mes con mi tía Paca, que es hermana de mi padre. Ella tiene una hija de mi edad, Paquita, y lo pasamos pipa las dos juntas.

El resto del año vivo en la ciudad, en mi ciudad, porque yo he nacido en ella, como mi madre. Ella y toda su familia son de la ciudad, me refiero a mis tíos maternos, mis primos maternos y, por supuesto, mis abuelos maternos.

Mis abuelos maternos no se han muerto. Se llaman Angelita y Arturo, y menuda marcha tienen. Todos los miércoles se van al cine porque, como es el día del espectador, les sale más barato, y todos los sábados se van a bailar. Sí, a bailar. Les encanta bailar, pero lo que ellos bailan no es lo que a la gente de mi edad le gusta bailar; ellos bailan otras cosas. Van a sitios donde ponen música de su época: mi abuelo Arturo coge a mi abuela Angelita por la cintura con el brazo derecho y ella le pasa el izquierdo por detrás del cuello. Luego se dan la mano que les queda libre y... a bailar. ¡Cómo se mueven! Hace poco se casó un primo mío y, después del banquete, hubo baile. ¡Menudo numerito montaron mis abuelos! ¡Hasta mi madre tuvo que decirles que ya estaba bien!

A mi madre no le gusta bailar. Ella es muy tímida, al menos eso dice siempre, que yo creo que no es tan tímida; pero, bueno, le gusta decirlo. A mi padre no le parecía mal.

-Déjalos que bailen, mujer.

-Pero es que les va a dar algo.

¡Ah! Mi madre se llama María Jesús, pero todos la llaman Chus. A veces yo misma la llamo así. Y mi padre, como mi abuelo, se llama Raimundo, pero en vez de llamarle Mundo, todos le llamamos Rai. Yo también.

Y yo sí que soy tímida. Todo me da corte, y no digamos si el todo tiene que ver con algún chico. Lo paso fatal, porque a veces me gustaría hacer algunas cosas, pero no me atrevo porque me da vergüenza. Tengo amigas a las que les importa un pimiento la vergüenza y, cuando les gusta un tío, van y se lo dicen. '¡Estoy por ti, fulano! ¡Me gustas un pegotón!' Y se quedan tan anchas.

Vanesa es la repera. El otro día íbamos juntas por la calle y nos cruzamos con un tío que estaba buenísimo. Llevaba una camiseta sin mangas y unos Levi's muy ajustados. Vanesa me dio con el codo para que me fijase en él y, no contenta con eso, cuando pasamos a su lado va y le dice:

-¡Vaya paquete que tienes, tío bueno!

Yo me puse más colorada que un tomate, lo mismo que aquel tío, que se le notaba a la legua que estaba cortadísimo. Sin embargo, Vanesa tan tranquila. Todavía siguió un rato dándome la vara.

-¿Pero te has fijado?

-Habla más bajo, por favor -le suplicaba yo.

No quiero decir que a mí me gustaría parecerme a Vanesa. Tampoco es eso. Pero la verdad es que me fastidia ser tan tímida. Aunque, espero que se me entienda, no quiero dejar de ser tímida para decir burradas a los tíos por la calle. Se trata de otra cosa. Creo que está claro.

¡Ah! Por cierto, me parece que aún no he dicho cómo me llamo. Pues no me llamo ni como mis padres ni como mis abuelos, a pesar de que, según me han contado, cuando nací se barajaron los nombres de Jacinta, Raimunda, Angelita y María Jesús. Sólo se descartó, por razones evidentes, el nombre de mi abuelo Arturo. Y me alegro de no llamarme como ellos, porque la verdad es que no me gusta ninguno de sus nombres. Es decir, me gustan, pero no para mí. Me quedo con el mío, que aunque es un poco normal y corriente, me encanta. Me llamo Ana.